

su memoria tiene recogidos todos tus pecados para castigarlos á su tiempo, y también los merecimientos de cada uno para premiarlos. ¡Oh buen Jesús! Pues sois tesoro del eterno Padre, y depositario nuestro para guardar lo que Vos mismo nos concedéis, enriquecednos con vuestros tesoros y guardadlos con vuestra soberana protección, para que en el día de la cuenta nos hallemos ricos en vuestra presencia. ¿Creemos que Jesús en el Sacramento todo lo sabe? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Cómo nos atrevemos á ir á Él con el alma manchada de pecados?

**Punto 3.º** *Voluntad amante y poderosa del alma de Cristo en la Eucaristía.*—Considera ahora la voluntad del alma santísima de Jesús, que está en el divino Sacramento, y los tesoros de santidad y virtudes que hay en ella; porque su Corazón es como un horno de fuego encendidísimo que arde en amor de Dios y de los prójimos, amándote también á ti entre ellos. Y á la par de la caridad, van las demás virtudes con suma excelencia, porque son ejemplar de donde han de aprender los hombres, y tiene plena potestad de repartirlas entre todos. Para esto viene principalmente al Sacramento, porque como el manjar, uniéndose al que le come, le comunica sus cualidades, así Jesús en la comunión une su alma con la del justo que le recibe, con íntima unión de caridad, y le comunica sus divinas virtudes, de modo que de dos voluntades se hace una, y de dos corazones uno. Pondera luego cómo en la voluntad de esta alma santísima están también los tesoros de los deleites celestiales; porque ella bebe del río caudaloso de los goces de Dios, hasta hartar sus deseos con suma hartura; y con tanta plenitud, que de lo que sobra puede llenar á todos de alegría. Ella, verdaderamente, es maná escondido con inmensa dulzura, donde están todos los sabores y todos los modos de suavidad posibles para el regalo y recreación de los justos; y en entrando en ellos por la comunión, les comunica la parte que su disposición merece. De aquí nacen las espirituales delicias que experimentaban los Santos al acercarse á este divino convite, por las cuales les eran insípidos, desagradables y repugnantes todos los gustos del sentido. Y si tú no experimentas este sabor y gusto espiritual que es el fruto propio de este manjar, has de creer que la causa es porque no has aprendido á regirte y dominarte, haciéndote rey de sus pasiones. ¡Oh Rey soberano! Ya que vuestro convite es convite real, digno de vuestra grandeza, llenando en él el alma de bienes sobrenaturales de virtudes y de suavidad, dadme un corazón generoso como el vuestro para que sea digno de hallarme en vuestra mesa y gozar de vuestra inefable suavidad y dulzura. ¡Oh alma! Contempla en el Sacramento el alma de Cristo con una voluntad rica de amor, virtudes y deleites? ¿No procurarás unirte con ella? ¿Cómo vences para esto tu voluntad propia?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh dicha inefable! ¡Oh felicidad incomparable! Los cristianos tenemos en nuestra compañía á Jesús, el cual nunca se separa de nosotros, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma santísima. En el divino Sacramento está realmente el alma de Jesús, porque su cuerpo está vivo como en el cielo, y por consiguiente informado por el alma. ¡Qué alma tan rica, tan preciosa, tan espléndida! Ha recibido más gracia que todos los ángeles y santos juntos, la misma que necesitaba para hacerse digna de la unión personal con Dios. ¡Felices nosotros, si unimos con ella la nuestra! ¡Qué riquezas tan copiosas reportará de tal unión! Mas el alma de Cristo, no solo es rica de gracia, sino llena de luz en su entendimiento, y de fuego de amor en su voluntad. Ella conoce todas las cosas, ve todos los acontecimientos, lee en todos los corazones, penetra todas las intenciones; á su perspicaz mirada nada puede esconderse; y estas luces comunica no pocas veces á los que se aproximan al santo Sacramento dispuestos con la humildad y caridad. Ella está abrasada en amor á Dios y á los hombres, é inundada en las más puras delicias. ¡Oh, si nos acercásemos con grande fe, confianza, dolor de pecados, humildad y caridad á recibir el divino Sacramento! Presto viene Jesús á nosotros; se unirá su alma con la nuestra, su Corazón con el nuestro, su entendimiento con el nuestro: ¡Ah! ¿No nos humilla y confunde esta divina dignación? Viles gusanillos, ¿podíamos aspirar á intimar tan estrechamente con Dios? Preparemos nuestro corazón; humillemos nuestro espíritu; avivemos nuestros deseos; pongámonos fiel correspondencia á tan singular gracia; y, entretanto, en fervientes coloquios roguemos por nosotros y por todo el mundo.

### 7.ª.—EN EL DIVINO SACRAMENTO ESTÁ LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, y por circunsesión las otras dos personas, el Padre y el Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en la hostia consagrada, diciéndote: « Mi Padre y Yo somos una misma cosa ».

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de que en el divino Sacramento está la Santísima Trinidad y profunda reverencia al acercarte á Él.

**Punto 1.º** *En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino.*—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, unido inseparablemente con el cuerpo, con la sangre y con el alma del Salvador; cuyo Verbo es verdaderamente maná de infinita dulzura y Dios escondido, porque habita en una luz inaccesible. Pondera cómo este Verbo es la palabra de Dios vivo, eterna é infinita, que salió, sale y saldrá eternamente del Padre, quedándose dentro de Él con toda la divinidad, sa-



biduría y omnipotencia que el mismo Padre tiene. Este Señor es la palabra omnipotente por quien fueron criadas todas las cosas y se conservan; y siendo eterno, salió en los días postreros del cielo para vestirse de nuestra carne. Este Señor es aquel que con la palabra que salía de su boca sanaba á los enfermos, resucitaba los muertos, convertía á los pecadores, trocaba los corazones y los llenaba de sus dones. Con su palabra sosegaba los mares, mandaba á los vientos y echaba á los demonios de los cuerpos, derribaba en tierra á sus enemigos, y á ella obedecían todas las cosas. Pues este mismo Verbo divino, con toda su omnipotencia, está encerrado, como maná escondido, dentro de este Sacramento, para obrar en el alma que le recibe, lo que obró viviendo en la tierra. Aquí con su palabra interior y con la eficacia de su gracia espiritualmente sana á los enfermos, resucita á los muertos, muda las voluntades, sosiega los ánimos turbados, reprime las tentaciones, hace huir á los demonios y triunfa de todos sus enemigos; y, si nosotros con viva fe le recibimos, experimentaremos en nosotros estos efectos de la omnipotencia de su palabra. ¡Oh palabra omnipotente! Pues que á vuestra soberana eficacia nada puede resistir, hablad á mi corazón, y luego se hará en él cuanto digáis. Decidle que sane, y quedará sano; que no se turbe, y luego se verá inundado de paz; que se haga en él la luz, y quedará iluminado. Hablad, Señor, una sola palabra, y ella será suficiente para obrar en mí cuanto queráis, y para hacerme tan santo como deseáis. ¿Creemos que en el Sacramento está el Verbo divino? Pues, ¿cómo nos acercamos á recibirle con tanta tibieza, flojedad y desconfianza?

**Punto 2.º** *En el Santísimo Sacramento está la persona del Padre.*—Considera en este punto cómo en el Santísimo Sacramento está también la persona del Padre Eterno acompañando á su Hijo; porque no pueden separarse uno de otro; y dondequiera que esté el Hijo, allí está el Padre; por lo cual Él mismo dijo: «Las cosas que Yo hablo, no las hablo Yo de Mí mismo, sino mi Padre las habla, y Él hace estas obras; porque Yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en Mí». En el divino Sacramento, pues, está el Padre, engendrando á su Hijo dentro de sí, porque siempre le engendra y comunica su misma divinidad; y como le envió al mundo para nuestro remedio, así va continuando esta misión en el Sacramento, pudiendo decir con propiedad, mirando lo que allí pasa: «De tal modo amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todos los que le recibieren con fe viva, no perezcan, sino alcancen la vida eterna». Mira, pues, con los ojos de la fe en el Santísimo Sacramento al Eterno Padre, dándote á su mismo Hijo para que sea tu consuelo, alivio, medicina, luz, maestro y médico, y recordando lo que dice san Pablo: «El que nos ha dado á su mismo Hijo unigénito, ¿cómo no nos dará con Él todas sus cosas?».

dilata en gran manera los senos de la confianza, estando certísimo que quien te ha dado lo que es más, no te negará lo que es menos; y quien te da á su Hijo, que es tan bueno como su Padre, también te dará los bienes que le pidieres, para servirle con ellos. ¡Oh Padre soberano! ¿Qué gracias os daremos por este don tan inmenso que dais al mundo, no una vez, sino millares de veces, renovándole cada día para que pueda haber parte de él á todos? ¿Adónde pudo subir más vuestra caridad, que á darnos vuestro Hijo, vestido de accidentes de pan, para que se entrañase dentro de nosotros, y nos uniese por amor consigo? Pues, ¿cómo pagaremos á este Padre amantísimo tal caridad? ¿Qué nos conviene hacer para esto?

**Punto 3.º** *En el Santísimo Sacramento está el Espíritu Santo.*—En este punto puedes considerar cómo también en este divino Sacramento el Espíritu Santo acompaña al Padre y al Hijo, porque todas tres divinas Personas son un Dios, y donde está la una está la otra, y lo que la una obra en las criaturas obra también la otra. De suerte que en este celestial convite se cumple á la letra lo que dijo san Juan: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una cosa»; porque en este Sacramento se juntan las tres divinas Personas, para dar interiormente testimonio al que comulga de la grandeza del pan vivo que recibe. El Padre, fortaleciendo con su omnipotencia las potencias del alma en el divino servicio, y renovando en lo íntimo de su corazón el testimonio que de Jesús dió, diciendo: «Este es mi Hijo muy amado; oíde». El Hijo de Dios, con su sabiduría, ilustra y enseña lo que se ha de hacer, y renueva los testimonios que de sí daba durante su vida mortal. Además de esto, el Verbo divino y su Padre, que son principio del Espíritu Santo, le comunican al alma que comulga dignamente; y así, cuando vas á comulgar, has de imaginarte que vas á recibir al Dador del Espíritu Santo, á aquel Señor que dijo á la samaritana: «Si conocieses el don de Dios, y quién es el que se entra por tus puertas, tú le pedirías de beber, y Él te daría un agua viva, que es el don del divino Espíritu, el cual, en entrando, da también testimonio de su divina presencia, unas veces como paloma, con la inocencia y pureza que causa, otras veces como fuego, con los afectos fervorosos de amor y celo que enciende. ¡Oh Espíritu santísimo! Venid pronto á mi alma, que suspira por recibirlos; llenadla de vuestra divina luz, y encended en ella el sagrado fuego de vuestro amor. ¡Oh alma! Mira á tu buen Pastor, amable Padre, tierno Esposo, cariñoso Hermano! ¿No se despiertan en ti los deseos de recibirle? ¿De dónde procede tanta frialdad?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cosa admirable! ¡El mismo Señor de cielos y tierra en el divino Sacramento es comida de pobres, siervos y humildes! ¿Quién jamás lo hubiera imaginado?



¿Quién se atrevería á desearlo, si el mismo Señor no lo hubiese dispuesto? Allí, bajo los accidentes de pan y vino, se hallan la carne, la sangre, el alma, los méritos y virtudes de Jesús; y allí está también el Verbo divino, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, aquella Palabra omnipotente, viva, eficaz, penetrativa, por la cual todas las cosas han sido hechas y se conservan. Y como en la Santísima Trinidad no puede estar una persona sin la otra, estando el Verbo divino en el adorable Sacramento, está también el Eterno Padre, del cual procede, y allí nos da á su divino Hijo, para que sea nuestro Redentor, Maestro, Médico, luz y todo. Está también el Espíritu Santo, procedente de entrambos, dándonos pruebas de su presencia, ya por la pureza que nos inspira, ya por el ardor de caridad y celo que comunica. De suerte que cuando comulgamos recibimos en cierto modo á la Santísima Trinidad, y dentro de nuestro pecho se está obrando este misterio inefable. Pues, ¿cómo no salimos de nosotros mismos, pensando esto? ¿Cómo no tenemos más vivos deseos de recibir á Jesús? ¿Cómo no nos preparamos con más profunda humildad, más fervorosa devoción? ¿Quién hubiera jamás imaginado tan soberanas grandezas, si el mismo Dios no las hubiese revelado y ejecutado? ¡Oh dicha inefable! ¡Que nuestro corazón se convierta en trono de la beatísima Trinidad! Dispongamos lo conveniente, haciendo firmes y prácticas resoluciones, y orando fervientemente por nosotros, por todos los que han de comulgar y por todo el mundo.

### 8.<sup>o</sup>—MÉRITOS DE JESÚS ENCERRADOS EN LA EUCARISTÍA.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> En el Santísimo Sacramento ha encerrado el Señor todos los méritos que ha contraído con su Padre y todas las satisfacciones.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representémonos á Jesús diciéndonos: «El pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo».

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pidamos las disposiciones necesarias para recibir con provecho el Santísimo Sacramento.

**Punto 1.<sup>o</sup>** *En el Sacramento puso Jesús todos sus merecimientos.*—Considera la inmensidad de los merecimientos de Jesucristo, no sólo por la infinita dignidad de la persona, por lo cual tienen un valor infinito, sino por las obras y trabajos con que los alcanzó. Para conocer algo de ellos, has de ponderar cómo Jesús, en el primer instante de su encarnación, vió todas las cosas que había de hacer y padecer hasta morir en la cruz, y ofrecióse con gran prontitud á cumplirlo todo, por agrandar á su Padre y para nuestro remedio. Y esta primera voluntad fué tan meritoria, que, como dice san Pablo, fuimos santificados por ella con la oblación que hizo de su cuerpo. Mas esta voluntad abrazó no sólo lo que había de hacer y padecer hasta la muerte,

sino también lo que después de ella le había de suceder. Vió la lanzada que le habían de dar en el costado, la sepultura de su cuerpo, su descenso al limbo, su resurrección y permanencia en el mundo hasta su ascensión. Vió asimismo todas las gracias y dones que había de conceder á todos y á cada uno de los hombres hasta el fin del mundo, y las obras gloriosas que había de hacer por medio de ellos, con las ayudas que pensaba darles con las inspiraciones y Sacramentos. Vió, además, todas las blasfemias, injurias y persecuciones que se habían de levantar contra Él y contra su doctrina y discípulos, por parte de todos sus enemigos. Y todo esto lo aceptó en aquel instante con una voluntad muy generosa, la cual por esto fué de altísimo merecimiento á los ojos de su eterno Padre, como es meritoria la voluntad del hombre que ordena muchas mandas buenas en su testamento; y aunque al tiempo de la ejecución no esté en estado de merecer, son señales de lo mucho que mereció con ella. Pues con este riquísimo tesoro viene Jesús á este Sacramento, para enriquecernos con él, y aplicarnos sus merecimientos, á fin de que se aumenten mucho los nuestros. ¡Oh dulce Jesús, rico en misericordias! ¿Por qué sois tan generoso con los hombres, poniendo en sus manos y á su disposición el caudal infinito de nuestros méritos? ¿No sabéis que su corazón es tan miserable, que ni sabrá ni querrá agradecer tal bondad? ¿No sabéis que vuestra misma caridad será ocasión de que sea más grave la malicia de ellos despreciándola? Concedednos, Señor, que, reconociendo vuestro beneficio, nos sirvamos de él para nuestro provecho y vuestra gloria. ¿Hemos nosotros comprendido á lo que Jesús se ha ofrecido por nuestro bien? Y nosotros, ¿nos ofrecemos á hacer y padecer todo lo que desea Jesús? ¿Qué quiere actualmente de ti?

**Punto 2.<sup>o</sup>** *En el divino Sacramento puso Jesús los méritos contraídos con su institución.*—Aquí has de considerar particularmente los méritos contraídos por Jesucristo con la institución del Santísimo Sacramento, los cuales depositó en este mismo convite. Pondera cómo en el primer instante de su encarnación vió que era posible hacer esta manera de banquete á los hombres, dándoles en manjar y en bebida la carne y sangre que tomaba por ellos, y se ofreció con generosa voluntad á dispensarles este bien, al tiempo que se hubiese de partir de esta vida. Y los treinta y tres años que vivió, siempre tuvo este deseo muy ardiente, como le tuvo de ser bautizado con el bautismo de sangre y de beber el cáliz de su Pasión. Y por esto dijo la noche de la cena: «Con deseo he deseado comer este cordero pascual antes que padezca». ¿Y qué es decir con deseo he deseado, sino que el deseo había sido largo, continuo y muy intenso? Considera luego cuán meritorio fué este deseo y voluntad de darnos tal comida y bebida; porque vió este Señor en aquel instante los



innumerables bienes que había de conceder á sus siervos por medio de la comunión, y las insignes misericordias que haría con ellos y para ellos. Vió también las injurias, desprecios y malos tratamientos que había de recibir en este Sacramento, así de los judíos, herejes y paganos que le niegan y dicen que es puro pan, como de los pecadores y malos sacerdotes, que le reciben en pecado mortal y le tratan con poca reverencia. Y todo esto aceptó este Señor con gran voluntad, y con ella mereció los grandes bienes que nos hizo y hace en el buen uso del mismo Sacramento. Por lo cual, al ir á comulgar, has de ofrecerle en particular el tesoro de los merecimientos con que te mereció la buena disposición para hacerlo, y la buena comunión y fruto de ella. ¡Oh amantísimo Jesús! Si nos decís que el que diere un vaso de agua por amor de Dios se hará digno de recibir una medida llena, apretada, colmada y que rebose de gloria en el cielo, ¿qué habréis merecido Vos, dándonos vuestra propia carne por comida, y por bebida vuestra misma sangre? Yo me admiro, Señor, de tan infinito caudal de merecimientos, y os suplico me apliquéis una parte de él, para hacerme por ellos digno de vuestra gloria. ¿Qué hacemos para que se nos apliquen estos merecimientos de Jesús? ¿Cómo nos acercamos al Santísimo Sacramento?

**Punto 3.º** *En el Santísimo Sacramento hay el tesoro de las satisfacciones de Jesús.*—Considera cómo las satisfacciones de Jesús son infinitas y suficientísimas, no sólo para pagar por los pecados de todos los hombres habidos y por haber, sino para satisfacer por todas las penas en que se puede incurrir. Porque, si una sola gota de la sangre de Cristo, un solo suspiro de su Corazón, el más ligero dolor, era bastante para satisfacer por los pecados del mundo, por recibir el valor de la excelencia de la persona de quien procedían, ¿qué tesoro tan inmenso, y qué cúmulo de satisfacciones tan soberano habrán producido los inmensos dolores, los torrentes de sangre y las ardientes lágrimas que derramó y padeció Jesús? Pondera cómo de estas satisfacciones nace el tesoro que la Iglesia nuestra Madre reparte á vivos y difuntos con las indulgencias; pero más eficazmente se reparte este tesoro por el sacrificio de la Misa, cuyo efecto propio es pagar por las penas que debemos por nuestras culpas. Y así, cuando oyes Misa has de ofrecer, en compañía del sacerdote, aquel divino sacrificio con todo el fervor de corazón que te fuere posible, para sacar de aquel tesoro una gran parte para ti y para otros, vivos ó difuntos; porque cuanto fuere mayor el fervor de la caridad con que se ofrece, tanto mayor es la parte de satisfacción que se aplica. También la comunión, como dice santo Tomás, ayuda para esta misma paga, despertando en nosotros los fervorosos actos con que suelen hacerse; por lo cual, cuando comulgamos, hemos de juntar nuestras satisfacciones con las del Señor que recibimos, para que sean más eficaces unidas con ellas. ¡Oh benignísimo Jesús! ¿Qué bondad es esta que

me mostráis, disponiendo que una comida tan regalada sea paga de deuda tan penosa? ¿Y que al tiempo que comemos para regalo y sustento del alma, paguemos por las penas que merecimos por regalar con desorden el cuerpo? Haced, Señor, por vuestra caridad, que mi regalo y contento sea padecer y ser despreciado por Vos, como Vos lo fuisteis por mí. ¿Necesitamos de las satisfacciones de Jesús? ¿Cómo asistimos á la Misa y comunión, en donde se nos aplican?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué deseo tan encendido tiene Jesucristo de enriquecernos y de pagar por nuestras deudas! En el Santísimo Sacramento ha depositado el tesoro de sus merecimientos y satisfacciones, á fin de que todos sus discípulos é hijos acudiesen á esta fuente de agua viva, y sacasen de ella copiosos méritos, y alcanzasen la remisión de los pecados. No hay que temer que se agote este divino manantial, ni siquiera que se disminuya el cúmulo de merecimientos y satisfacciones que en él ha depositado Jesús. El cual alcanzó méritos en grado infinito por razón de la dignidad de su persona, é indefinidos por razón de los sacrificios á que se ofreció para obtenerlos. En el primer instante de la encarnación se desarrolla delante de Jesús todo el cuadro de lo que había de hacer y padecer, antes de su muerte, en la misma muerte y después de ella, en su cuerpo ó en sus discípulos, ó en su doctrina y enseñanza. Ve también, con mayor claridad que si ya hubiese ocurrido, todo el bien que podía hacer y que realmente haría por medio del Santísimo Sacramento, y todas las injurias, profanaciones y desprecios que tendría que sufrir. ¡Y á todo se ofrece generosamente! ¡Oh abnegación digna de eterna alabanza! ¿Cómo correspondemos á ella? ¿Procuramos reportar el fruto que ha intentado Jesús? Insensatos somos, si, teniendo, como tenemos, á nuestra disposición esta fuente de aguas vivas, morimos de sed. Basta ya de pereza y abandono. Si somos pobres, aquí tenemos el más abundante tesoro; si estamos gravados de deudas, aquí tenemos la paga; si nos hallamos faltos de méritos para el cielo, aquí los encontraremos. Propongamos lo que nos convenga hacer, y con viva fe, firme confianza y profunda humildad roguemos por nosotros y por todos.